

Dios en diálogo con la ciencia

Bibliografía crítica

Juan José Tamayo*

Credo

«**C**ADA una de las palabras del *Credo*, ha sido mal entendida, mal aplicada e incluso profanada en el transcurso de los siglos» (p. 17). He aquí el certero diagnóstico de Hans Küng sobre la incorrecta comprensión de que ha sido objeto la profesión de fe de los cristianos y cristianas de todos los tiempos. Así las cosas, su propuesta es triple: tomarse en serio las preguntas, dudas y objeciones del pensamiento moderno y de la ciencia sobre el Credo, renovar teológicamente desde el nuevo horizonte filosófico-cultural.

Esta propuesta la aplica al primer artículo del Credo: «Creo en Dios Padre, todopoderoso, creador del cielo y de la tierra», situando el problema en los siguientes términos. Dios no es un objeto a demostrar por vía de evi-

* Doctor en Teología y en Filosofía. Madrid.

dencia directa o a través de experimentación visual, como los objetos de las matemáticas o de la física. Dios es indefinible, ilimitable; es una realidad inaprensible. Ninguna Escritura Sagrada –trátase de la Biblia hebrea, de la Biblia cristiana o del Corán– ha procedido a demostrar a Dios por vía argumentativa.

La fe en Dios, afirma Küng, no es demostrable racionalmente, pero tampoco es un sentimiento irracional o un simple acto de voluntad. Es un acto de *confianza razonable*, que no se funda en pruebas rigurosas, pero sí en buenas razones. La fe en Dios implica a toda la persona: la voluntad, el sentimiento y el entendimiento, que se compromete con dicha realidad. Dicho compromiso no elimina la pregunta, ni siquiera la duda, sino que fomenta ambas.

Y aquí vienen las preguntas: ¿Se puede seguir creyendo en Dios en el horizonte de la Ilustración? ¿Se puede creer en el Dios Creador en plena revolución cosmológica y biológica?

Küng apunta algunas respuestas clarificadoras. En primer lugar, reconoce que la crítica ilustrada de la religión pone el dedo en la llaga cuando cuestiona no pocas actitudes religiosas alienantes y evasivas, así como determinadas imágenes de Dios, como el Dios proyección de los deseos humanos insatisfechos, el Dios opresor del ser humano, el Dios generador de miedo, inmadurez, autoengaño y autoritarismo, el Dios represivo, etc. Pero no deja de constatar, al mismo tiempo, los errores de cálculo de los críticos modernos de la religión, por no ver otras posibilidades de la fe en Dios: su fuerza liberadora, curativa, integradora, como se ha demostrado a través de múltiples experiencias en nuestro siglo.

En segundo lugar, constata la dificultad de creer en la creación divina en la era del cambio de paradigma en torno al modo de pensar cosmológico. Frente a la tendencia de los teólogos a convertir a Dios en tapa-agujeros de las lagunas cosmológicas, y a la tendencia de los científicos a apoyar su posición atea en sus descubrimientos físicos y biológicos, Küng considera que la fe en Dios no remite a un modelo único del universo, sino que puede compaginarse con diferentes modelos, siendo la condición previa a todos ellos.

Crear en Dios como creador del universo significa que el ser humano y el mundo «no han sido arrojados absurdamente de la nada a la nada, sino que están plenos de sentido y de valor..., porque tienen en Dios una primera y última seguridad» (p. 28).

En tercer lugar, Küng se interesa por la posibilidad de creer en Dios en la era de la revolución biológica y de la teoría de la evolución. ¿Es necesaria la hipótesis de la existencia de Dios dentro de una materia que se autoorga-

niza y de una evolución que se autorregula? La respuesta sigue estos derroteros: No es necesaria una intervención divina inmediata en el origen de la vida. Pero es irrenunciable la interrogación existencial del ser humano por la razón última, el sentido y la meta del proceso evolutivo. Tal interrogación exige una *decisión existencial*, que, como ya vimos en otro artículo al hablar de la Ilustración, se mueve en el terreno de la confianza razonable.

Finalmente, Küng se pregunta si resulta adecuado aplicar a Dios las categorías «omnipotencia» y «paternidad», en plena era científico-técnica y pospatriarcal, y tras Auschwitz, los Gulag y las dos guerras mundiales del siglo XX. El obrar de Dios en el mundo, responde, ha de entenderse «como lo infinito en lo finito y lo absoluto en lo relativo..., desde dentro, como la más real realidad dinámica, en el proceso evolutivo del mundo» (p. 35).

Por lo que se refiere a la paternidad divina, observa que Dios no es persona, sino transpersonal y suprapersonal. A su vez, podemos dirigirnos a él como un tú en la oración. Dios trasciende la masculinidad y la feminidad. En definitiva, todos los conceptos aplicados a Dios «son sólo analogías y metáforas, sólo símbolos y claves» (p. 36).

«Dios y la ciencia»

ÉSTE es el título de un libro que recoge los diálogos entre el filósofo cristiano Jean Guitton y los científicos Grichka e Igor Bogdanov sobre una serie de viejas cuestiones, todavía no resueltas –y posiblemente irresolubles–, relativas a los enigmas del mundo y de la vida: ¿Cuál es el origen y el sentido del universo? ¿Qué es lo real? ¿De dónde viene? ¿Sobre qué descansa? ¿Cómo surge la vida? ¿Por qué hay *algo* en vez de *nada*? Dios y el mundo, el espíritu en la materia, etc.

Durante el siglo pasado y, al menos, hasta mediados del siglo XX, imperaba una actitud dogmática tanto por parte de la ciencia como por parte de la religión, que conducía a la mutua exclusión. La ciencia abogaba por un ateísmo metodológico, que, a la postre, desembocaba en la negación de lo trascendente. La religión creía poder demostrar la existencia de Dios por la vía de la ciencia. Hoy ha cedido el dogmatismo, dando paso al diálogo. J. Guitton y los hermanos Bogdanov creen que estamos entrando en una etapa de reconciliación entre ciencia y fe, anticipada por personalidades señeras como Teilhard de Chardin, Bergson, Einstein, etc.

Más aún, consideran que los nuevos progresos científicos «permiten entrever una posible alianza, una *convergencia* todavía oscura, entre los sabe-

res físicos y el conocimiento teológico, entre la ciencia y el misterio supremo» (p. 22-23). Aprecian una diferencia abismal entre la vieja y la nueva teoría sobre la materia. La vieja teoría no reconoce lugar alguno al espíritu en la materia y desemboca en un materialismo mecanicista. La nueva teoría cuestiona la noción tradicional de materia en cuanto realidad tangible y sólida, la idea de cognoscibilidad de la realidad y las ideas de espacio y tiempo (ambas son abstracciones, ilusiones).

A partir de la teoría cuántica surge una nueva concepción del universo, un modo de pensar meta-lógico, que los autores llaman *metarrealismo*, cuyas características, ya avanzadas, son las siguientes: a) se borran los límites entre materia y espíritu; una y otro forman una única unidad; b) el creador de este universo materia/espíritu es trascendente; c) la realidad que conforma este universo es incognoscible. De esta manera se superan las dos concepciones anteriores del universo, el materialismo y el espiritualismo.

Guillon cree que la reciente física teórica ha sabido descubrir «la perfección en el origen del universo: un océano de energía infinita» (p. 41). La simetría perfecta de los físicos es calificada por el filósofo como lo enigmático, lo infinitamente misterioso, lo omnipotente, lo originario, creador y perfecto.

De la complejidad de la vida se deduce la existencia de una inteligencia del universo, que trasciende lo que existe en nuestro plano de realidad. Fue precisamente ella, cree Guillon, «quien ordenó (en el instante primordial de lo que llamamos la Creación) la materia que ha dado origen a la vida» (p. 54).

¿La evolución cósmica es fruto del azar y responde a un gran propósito universal? Es de sobra conocida la respuesta de J. Monod: «El puro azar, la libertad ciega, absoluta como base del maravilloso edificio de la evolución» (*El azar y la necesidad*, Seix y Barral, Barcelona, 1972, 126). El punto de vista de Guillon y Bogdanov diverge totalmente del de Monod. I. Bogdanov cree que «la probabilidad matemática de que el universo haya sido engendrado por azar es prácticamente nula» (p. 63).

Guillon considera que el universo contiene diversos grados de orden y que la evolución de lo real es gobernada por un orden subyacente. La vida y la inteligencia no han aparecido accidentalmente o de manera aleatoria. Responden a un plan y a una finalidad.

La conclusión a la que llegan los autores es que «La física cuántica roza de manera sorprendente la trascendencia» (p. 16).